

LA UNION AMERICANA

Padre ROBERTO MARIA TISNES



Mucho se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre la necesidad de la unión de la América Latina, desde el día fausto cuando el gran Libertador Don Simón Bolívar —indiscutible vidente del futuro americano— firmó su maravillosa **Carta de Jamaica**.

Quizá el hijo de Caracas no se figuró que la independencia estuviera tan cercana y presintiera, por el contrario, que alcanzada esta sería cosa fácil la anhelada unión de esta patria común americana, nacida de la espada de los grandes capitanes de la gesta heroica.

Si así aconteció —lo cual no creo imposible— Bolívar falló en sus previsiones, eso sí contra toda lógica, contra todo el sentido común, contra toda la conveniencia de las naciones americanas, contra el provecho mismo de la humanidad.

Porque, en primer lugar, cuatro años después de su escrito profético y visionario, el claro día de la libertad lució para casi medio continente americano, que pocos años adelante podía ufanarse de su libertad socio-política. Mas no aconteció lo propio con esa elemental y primaria necesidad de unión de las nuevas patrias liberadas, ya que, el mayor esfuerzo y éxito en torno a esa anhelada unión —la de la Gran Colombia— apenas duró pocos años y su mismo inspirador tuvo el dolor y el desengaño de verla deshecha años antes de su tránsito a la inmortalidad. De ahí su última proclama a los colombianos que es grito de ansiedad y anhelo vehemente y conmovedora súplica por la unidad de los países que él había traído a la autonomía política y a la historia universal.

Se podría aludir y pensar en el Congreso Anfictiónico de Panamá para afirmar y creer que no fue un total fracaso el pensamiento bolivariano de la unidad continental. Y está en lo cierto quien así arguyera. Porque en realidad el Congreso Panameño de 1826 fue la concreción del ideal bolivariano y a pesar de su relativo fracaso, inició la marcha hacia una unidad americana que todavía anda en ciernes a pesar de haber transcurrido

casi siglo y medio después de su proclamación y de sus primeros pasos.

Concretar en detalle ese largo historial aunque no todo lo fecundo que fuera de desear, daría tema para muchas páginas y quizá para gruesos volúmenes. Historiadores y juristas de diversas nacionalidades lo han verificado con acierto, y de sus obras deducimos el valor de inspiración y eficiencia que tuvo el ideal de los próceres americanos de una patria común para todos los americanos. Baste recordar algunos de los muchos e importantes logros alcanzados: derecho internacional americano, derecho de asilo, convenciones y pactos sobre integridad territorial, independencia política y solución pacífica de los conflictos, rechazo de toda conquista territorial, etc.

Sin embargo, doloroso es confesarlo y comprobarlo, falta mucho todavía para esa anhelada unión, la más grande y definitiva que pueda, darse en un mundo lleno de prejuicios y de egoísmos. Y saber que es necesaria, que es posible y que es urgente...

Necesaria en todos los órdenes, porque nunca como en nuestros días se impone esa unanimidad de criterio y de acción, no solamente para progresar sino aún para subsistir. La vieja Europa y el gran poderío de los EE. UU. de América siguen presionando e imponiendo sus mercados intelectuales y económicos, no solo por causa del llamado subdesarrollo, sino debido en gran parte a los pactos económicos, de los últimos años. Y los EE. UU. con



Padre ROBERTO MARIA TISNES

su fantástica producción e industrialización domina plenamente el mercado latinoamericano, imponiendo los precios a sus productos de exportación e imponiéndolos también —al menos indirectamente y en la práctica— a los artículos importados. Y esto ocurre en gran parte por la falta de criterio y unidad de los países americanos que, unidos en un solo frente económico y dueños de inmensas riquezas y materias primas, podrían con su unidad de criterio y de acción, afrontar el reto de los poderosos y obligarlos a ser más conscientes, más justos, más humanos.

No desconocemos los progresos que en este campo se han alcanzado. Pero no llegan, ni con mucho, a la mitad de lo que debieran ser. Todavía rige —¿hasta cuándo?— la desunión y desorganización de las naciones económicamente débiles frente a las fuertes y poderosas. Así lo ha vuelto a poner de presente la Conferencia de la UNCTAD en Nueva Delhi, en la que se han visto una vez más enfrentados los países del llamado “tercer mundo”, a las pocas potencias industriales que

aprovechan la desunión y discordancia de ese inmenso mundo subdesarrollado —o mejor, subremunerado— para seguir imponiendo su política de control y dominio de los mercados mundiales.

¿A qué se puede atribuir esta falta de unidad entre las naciones americanas que, unidas en fuerte e incommovible bloque, pudieran constituir en realidad el fiel de la balanza mundial, no solo en lo económico sino en lo político?

Difícil resulta hacer un completo y sobre todo exacto diagnóstico. Porque en realidad son muchos y complejos los factores que inciden en la desunión americana y en su lógica consecuencia el subdesarrollo económico y consiguientemente político que de ahí se deriva, inevitablemente.

Pero estoy por creer que, como en casos similares, son causas elementales, primarias las que han influido en la paralización de la unidad latinoamericana.

Bajo el título **Civilización sin comunicaciones**, denunciaba el doctor Alberto Lleras Camargo en la Revista **Visión** del 29 de marzo pasado (pág. 21), el hecho al parecer increíble de que en siglos anteriores se tenían mejores comunicaciones y mejores correos que en el presente siglo XX. “Hubo muchos momentos en la historia de la especie, escribe, en los cuales el más alto signo de civilización era el buen servicio de correos”. Y alude enseguida a las comunicaciones en los imperios romano, inca y azteca y aún durante la independencia

americana. "Hoy, sigue escribiendo, siglo y medio después de la independencia, nosotros, sus humildes sucesores, con todos los vehículos modernos en nuestro poder, apenas logramos que una carta entre dos grandes ciudades suramericanas complete su ruta".

Pero acierta todavía más el articulista cuando escribe a renglón seguido: "Cuando se habla de integración latinoamericana se emplea toda la terminología tecnológica de nuestra época y la más moderna filosofía económica para demostrar lo elemental: que si logramos suprimir las barreras artificiales existentes entre nuestras naciones crearemos un inmenso mercado dentro del cual será posible organizar un complejo estupendo de producción y consumo que acelerará el desarrollo. ¿Pero, y los obstáculos naturales? ¿No tendremos que comenzar por eliminarlos, rápidamente dirigiendo todas nuestras carreteras nacionales a enlazarse con las de los países vecinos, hasta formar una red vial dilatadísima y ramificada sobre la piel del continente iberoamericano? ¿Y después, no parece lógico que volvamos a lo elemental, y aspiremos, antes de pretender una economía totalmente integrada desde la Patagonia hasta las islas antillanas y Méjico, a tener un modesto y eficaz servicio de correos, regular, al cual pueda confiársele todo el movimiento de ese vastísimo comercio que pretendemos y necesitamos promover?".

Creo que el ex-presidente colombiano ha acertado con la causa primera del casi continuado fracaso de la in-

tegración latinoamericana: el no haber comenzado por el principio, el no habernos integrado poco a poco, con la base inicial imprescindible de las vías y las carreteras, de los correos y telégrafos, y en fin, de todos aquellos servicios comunes elementales que por su calidad de tales no debieran haber sido olvidados en el proceso y desarrollo de la integración americana. De aquí que nada sea tan laudable, ejempligracia, como la idea del Presidente Belaúnde Terry de la carretera marginal de la selva amazónica, para vincular e integrar a los países en ella interesados; y nada más urgente que la terminación de la gran carretera panamericana.

Cualquiera pensaría que los modernos y rápidos sistemas de comunicación aérea remplazan las comunicaciones terrestres. Nada más errado. El sistema aéreo de pasajeros reduce y acorta distancias de manera impresionante, enlaza naciones y continentes. Pero en realidad no integra, porque la misma rapidez de los viajes hace que tan solo tangencialmente tengamos contacto con los habitantes de otros países. La verdadera integración, el verdadero conocimiento de los pueblos y de sus necesidades, de sus modos de ser y de la necesidad de unión e integración solo se da perfectamente a través de esos caminos que andan que son los ríos, o de esas incabables cintas de cemento, asfalto o tierra que recorren las mesetas y los desiertos, los páramos y las montañas. Y a las vías terrestres deberían seguir las comunicaciones telefónicas

y radiales, y éstas las integraciones regionales estilo países **centro-americanos** países del **grupo andino**, para poder pensar años adelante en la total integración americana como lo ha pretendido, seguramente con alguna precipitud, la ALALC. Porque es el caso que la Asociación Latino Americana de Libre Comercio se halla ciertamente estancada y casi a punto de fracasar.

Todo lo anterior no quiere decir que hayamos de desmayar ante la demora y los fracasos que los países americanos han sufrido en la larga vía y largo recorrido de su unión e integración. Muy al contrario. Debe ser acicate y estímulo poderoso para seguir adelante en el ponderoso empeño de una unidad y de una integración que cada día se hacen más imprescindibles, más necesarias, más vitales para los pueblos de América.

Ni hay que olvidar sino por el contrario tener muy presente, que existen varios y muy poderosos enemigos de la unión. Tales son, como escribe un insigne paladín de la unión americana, el comunismo y el capitalismo, la ignorancia y el escepticismo. Es necesario vencer estas poderosas resistencias mediante lo que el mismo auto llama un **pacto social**, consistente en bases mínimas de nivelación económica que lleven al mejoramiento material y cultural de las clases más necesitadas, olvidadas y abatidas. Lo cual se realizará solamente a través

de una auténtica y verdadera política de justicia social cristiana que ven en todos los hombres a nuestros prójimos y semejantes, o iguales a nosotros que merecen —y con muchísima mayor razón— las atenciones que a veces prodigamos a los seres irracionales.

Con base en el conocimiento mutuo de los pueblos hermanos de América; en la mutua comprensión de sus problemas y dificultades en todo orden de cosas máxime en el político y económico; con el progresivo abandono del egoísmo nacional que imposibilita frecuentemente los acuerdos regionales al no hacer pequeñas concesiones que serán seguramente beneficiosas más adelante, se puede llegar y se llegará muy lejos y en relativo corto plazo a la unión latinoamericana, a la unión económica y cultural del continente que debe estar a la cabeza del tercer mundo, de ese tercer mundo que debe ser fiel de la balanza entre el capitalismo y el comunismo, entre las oligarquías de derecha y de izquierda, con la mirada y el ideal fijo solamente en el bien de la comunidad, en el progreso de las naciones, en el mejoramiento de los países que nacieron a la independencia y a la autonomía política de la espada de los libertadores y para lo que es necesario ganar en nuestros días esa otra libertad no menos vital y trascendente que es la libertad económica.